

DEJAD QUE LA MAQUINA VENGA A MI

Comenzaremos ahora a describir en qué consistía la imagen que abrumadoramente tenía la Humanidad de su propia evolución.

Unidos por sus propias ilusiones, tendían los niños a crear universos en los que parecía flotar la sombra de una terrible sospecha: no siempre nuestro cerebro había podido controlar cuanto sucedía a su alrededor. Primero existieron seres de sólo remota apariencia humana, seres que cultivaban rudimentariamente la tierra y conseguían arrancarle el fruto apetecido...., si así lo permitían plagas, enfermedades, sequías, incendios o guerras.

Sólo el tremendo impulso que anidaba en su naturaleza impulsó la reproducción de la especie. Durante siglos se fue desgranando el conocimiento en innumerables parcelas hasta agostar lo divisible. El mundo creció separado en capas de conocimiento y riqueza mientras un entramado de líneas eléctricas, primero, cables de fibra óptica, después, y ondas nanométricas de transmisión de datos, para terminar, se sustituían las unas a las otras y convertían la atmósfera en una fábrica energética que amenazaba con marcar y alienar a cuantos se introducían en ella.

¿Quién, entonces, se hubiera atrevido a comprender el destino manifiesto al que conducían todos los pasos andados hasta el momento?. Los microprocesadores alcanzaron todos los puntos del planeta. Cualquier actividad humana requería de su presencia, la economía y la competencia abonaron el camino para la miniaturización; hasta que se alcanzó el nivel atómico y ni siquiera la estimulación de las pequeñas burbujas de hidrógeno permitió conseguir más que una, comparada con la humana, paupérrima inteligencia artificial.

Todo ello no era más que el camino para comprender que teníamos la máquina perfecta en nosotros mismos. Sin necesitar más energía que la proporcionada por el alimento cotidiano, sin más límite que el espacio y la propia habilidad.

Los temores a una dictadura de las creaciones humanas, como si fuésemos dioses cuya creación se desbocara fuera de control, se evaporaron al comprender que el fin de tanta miniaturización no era otro más que el mostrarnos a nosotros mismos como los contenedores perfectos de toneladas de información dispersa. Cada uno de los miembros de la Humanidad pertenecía a sí mismo por vez primera.... Cada neurona era un nodo perfecto, la matemática difusa alcanzaba toda su perfección dentro de la caja craneana al emitir imágenes mentales en frecuencias hiperlumínicas. El equipamiento básico natural del hombre igualó las diferencias de idioma y creencia, permitiendo la transmisión pura de la idea sin coartarla por los sonidos que la debía reflejar.

Cuando el contacto entre los hombres se hizo prescindible y la imagen transmitida era la que cada uno deseaba, independientemente de la realidad biológica, dejó de tener sentido la distinción racial. Un hombre podía rodearse de un universo virtual impenetrable en el que un posible interlocutor se perdería en un vano intento de controlar cualquiera que fuese la característica del emisor. Una mujer podía convertirse en hombre, acoplar sus conexiones al modelo del otro sexo y disfrutar a kilómetros de distancia del cuerpo de otra mujer. Bastaba adoptar un modelo cerebral distinto en el que los parámetros sexuales variaban de acuerdo con las preferencias del momento. La propia Ley hubo de evitar referencias sociales en materia de religión ante la imposibilidad de demostrar la falta de veracidad en cuantas historias e imágenes pulularon sobre la nueva venida de Jesús y su encuentro con Mahoma y Brahma en el Templo de la Tríada Genética..., como se le llamó popularmente tras su consagración por la grey del Altísimo; ceremonia que agrupó la mayor cantidad jamás conocida de éxtasis místicos y comunicaciones virtuosas.

Ya no se podía aspirar a nada que no fuera un intercambio de información. Cualquier motivo para desear una sensación física podía ser generado cerebralmente en lo que un hombre de la antigüedad habría descrito como un mundo de sensaciones virtuales. Cada vez iba siendo menos necesario el soporte físico para generar nuevos conocimientos, pues la potencia de los hombres fue capaz de generar un campo mental donde las ideas fluían y se convertían en experimento sin necesidad de acudir a los recursos de una Naturaleza que ya había estado a punto de sucumbir bajo el ataque de una tecnología demasiado primitiva y una cultura incapaz de comprender la trascendencia de sus actos.

El alcanzar un estado de unión cognoscitiva, con el cuerpo físico abandonado como un lastre sobre una Tierra yerma sobre la que el Sol crecía, amenazando con la transformación final y suministrando al tiempo cuanta energía se necesitaba para transformar el Universo en un espacio puramente humano y estático, donde cualquier generación

material fuese solo el acto de la voluntad superior que el hombre soñó y adoró, desencadenó la creación de un nuevo sistema cósmico donde la materia perdía su influencia y donde nuevas criaturas partirían de la acción sometida a la voluntad.

“En el principio existía aquel que es la Palabra” (Juan I, 1)

Autor: Antonio Diego Duarte Sánchez.

D.N.I.: 27,428,747-M